



¿Quiénes son los cocaleros de Aguaytía?

TEXTO Y FOTOS: ANTONIO VELÁSQUEZ*

El estigma que pesa sobre la hoja de coca se inicia con los debates internacionales de especialistas en psiquiatría que concluyeron en su peligrosidad, soslayando sus importantes dimensiones sociales y culturales en Sudamérica. Fue así como, en 1961, la Convención Única de Estupefacientes determinó que el uso de la hoja de coca debería ser considerado un problema social. Basados en estos argumentos, Estados Unidos de Norteamérica y otros países cooperantes comenzaron a forjar una dura y prolongada política de combate en los países de la región, la cual no estaría exenta de fuertes implicancias geopolíticas.

Además de la problemática internacional, los pobladores de las zonas rurales del Perú experimentaron migraciones masivas, terrorismo, hiperinflación, el cierre del Banco Agrario, y en el caso de los agricultores dedicados a la coca, intervenciones violentas de erradicación que terminarían reconfigurando sus territorios, sus relaciones como productores de hoja de coca y su propia vida.

En un escenario desbordado por estos complejos procesos históricos, la vida cotidiana de los agricultores cocaleros (productores de la hoja de coca) asentados en los valles tropicales de la ceja de selva peruana aparece como uno de los primeros eslabones productivos que se vinculan con el narcotráfico, y a la vez el menos conocido y estudiado. La política internacional de estigmatizar a la hoja de coca se interconectó con el desconocimiento

sobre el sector agrario rural, dando como resultado la intensificación del prejuicio contra sus productores.

Tras veinte años de cultivos alternativos fallidos, en los que el aumento o disminución de la hoja de coca giró más en torno al mercado internacional, queda pendiente entender quiénes son los cocaleros, sus historias y los procesos con los que han tenido que lidiar. Este artículo presenta algunos relatos recogidos de las propias familias cocaleras del valle de Aguaytía.

EL CASO DE PADRE ABAD, AGUAYTÍA

La provincia de Padre Abad se encuentra en la selva oriental, al noroeste de la Región Ucayali. Cuenta con 189 localidades y/o caseríos y su población se estima en 50 000 personas, cifra que representa aproximadamente el 12% de la Región Ucayali. El 55% de la población natural de la provincia reside en la zona rural y el 45% en la zona urbana. La provincia presenta una selva tupida, ríos de un metro de profundidad que cruzan los caminos en temporada de lluvias, una infraestructura vial deficiente que dificulta el acceso a los caseríos locales y una historia de conflictividad que aún no termina.

FAMILIAS COCALERAS

Se entrevistó a seis familias cocaleras. Para comenzar a entenderlas, hay que situar el escenario en el que narran sus heridas, cicatrizadas por la aparente tranquilidad de la vida tropical, bajo tres procesos: las migraciones al valle, el conflicto armado

* Estudió sociología en la PUCP. Ha realizado etnografías en zonas cocaleras y actualmente pertenece a la Unidad de Investigación de **desco**.

interno y la erradicación de los cultivos de coca.

Las migraciones

Uy, fue difícil, nadie me hablaba, preguntaba si tenían sal y me decían que “no”, y eso que yo vine ya con platita ahorrada y así me compré el terreno.

*Agricultor cocalero de 53 años
de Alto Shambillo*

Los padres y madres de los jefes de las familias entrevistadas migraron de Ayacucho y Huancavelica a fines de los 70. Sus biografías van desde historias de amor en búsqueda de nuevo hogar, hasta las aventuras de juventud en búsqueda del oro verde. Las cabezas de familia coinciden en que se quedaron sin tierras porque sus hermanos mayores las heredaron y usaron, dato curioso ya que la tendencia después de la reforma agraria en la sierra fue la migración de los hijos mayores a la ciudad y que los menores heredasen la tierra o, en todo caso, que la trabajasen. Es posible que provengan de familias con mayor apego a la agricultura que quieren seguir dedicándose a esta y que prefieren vivir en el campo.

La migración se dio en buena medida para escapar de las difíciles condiciones del uso de la tierra en sus comunidades de origen, sumadas a los cambios climáticos, la pérdida de nutrientes de sus tierras y la promesa de tierras de fácil cultivo en la zona de la selva. Buscaron tierras fértiles, cercanas a los ríos; se apropiaron de ellas y empezaron a producir, al inicio con cultivos serranos. Con el transcurso de los años notaron que la tierra se desgastaba y a inicios de los 80 empezaron a cambiar

hacia cultivos como yuca, plátano, naranja, mango, mandarina, pituca, etc. Las proteínas las obtenían de los armadillos del bosque, pero desde 2010 les es difícil encontrarlos.

Al no ser una economía monetarizada, se abrieron paso como eje estructurante las relaciones de reciprocidad entre vecinos. Los nuevos migrantes tomaron como estrategia para vivir una agricultura familiar diversificada en la que, al igual que hoy, intercambiaban productos como alimentos y herramientas para trabajar la tierra y alimentarse.

Hacia fines de los 70 e inicios de los 80, cuando aparecen nuevos problemas económicos por la necesidad de cubrir demandas que requerían dinero en efectivo—como las de educación y salud—, las familias empiezan también a dedicarse a la producción de hoja de coca directamente para su venta, y al acopio y maceración por momentos. Desde el inicio, el cultivo de hoja de coca fue imprescindible, y lo sigue siendo, más allá del deseo de tener ganancias o no. No contar con productos agrícolas de fácil intercambio en moneda y tener que comprar herramientas, insumos para la agricultura y otras necesidades (transporte, salud y educación), hizo de la coca, en su momento, el único producto intercambiable por dinero para satisfacerlas. En parte, una de las funciones que cumple la venta de la hoja de coca es ser la caja chica de estas familias.

Desde el principio, los cultivos de hoja de coca fueron comprados por los llamados “traqueteros” bajo la modalidad de pago por adelantado, pago que cubría todo el proceso de producción. Inicialmente, los cultivos se encontraban



en lugares cercanos a sus hogares, pero cuando el control de la hoja de coca se intensificó, paulatinamente la producción se fue trasladando a zonas de difícil acceso.

La guerra interna

A mediados de los 80, la guerra entre Sendero Luminoso (SL) y el Estado peruano causó una profunda herida en Padre Abad. Algunos tomaron las banderas de SL y otros la de los militares, pero la mayoría optó por brindar apoyo en alimentación coaccionada o por simpatía por alguno de los bandos. Sin embargo, con el recrudecimiento de la guerra, tanto SL como los militares empezaron a ver como enemiga a la población que decían defender por, supuestamente, filtrar información privilegiada, en particular

cuando uno u otro grupo en contienda sufría emboscadas. Ante la imposibilidad de volver a la sierra, donde la guerra arreciaba, y el temor de ser declarados “soplones” si huían, a muchos no les quedó más alternativa que quedarse y resistir.

Los militares mataron a mis vecinos, su hijo volvió y se unió a los subversivos, nunca regresó. Nunca nos metimos, así solo a lo mucho nos golpeaban, pero si alguien soplaba a los militares o a los subversivos, venían y te reventaban.

Agricultor cocalero de 68 años de Shambo

Durante este período solían esconderse en el monte. Cuando terminó la guerra, recién pudieron regresar a sus casas.

Solo en los años 90 las familias de agricultores recobran cierta sensación de calma y estabilidad. La arropa de hoja de



coca alcanza precios más altos. Los hijos se encontraban en edad escolar y lograron enviarlos a Pucallpa a estudiar pagando movilidades; los pudientes compraron motos para llevarlos. La única fuente de ingresos era la venta de hoja de coca a los traqueteros, con lo que adquirirían abonos, fertilizantes, semillas y herramientas. Este es recordado como un tiempo de prosperidad, porque tenían recursos para la salud familiar y para mejorar de manera individual las tierras.

Las promesas de los cultivos alternativos

Esta prosperidad se truncó cuando la DEA, articulada con el ejército peruano, inició la erradicación de la hoja de coca hacia la segunda mitad de los 90. Las sustancias químicas empleadas para tal fin no

solo eliminaron la coca sino los cultivos de alimentos, dedicados al intercambio y el consumo diario, y también dañaron la tierra dejándola inutilizable. Luego de eso, muchos agricultores migraron hacia el VRAE y otros se internaron en el monte para dedicarse exclusivamente al cultivo de coca y generar el dinero suficiente con el cual comprar vegetales, frutas y carnes para la alimentación diaria en un centro poblado.

Esos salvajes toda la tierra me mataron, mis hijos estaban pequeños. ¿Ahora qué iban a comer? Yo me iba al monte nomás a trabajar con mi esposa. Me dediqué solo a la coca hasta tener lo suficiente para comprarme moto. Ya de ahí me iba a comprar comida y de nuevo a buscar tierras para empezar de nuevo.

Agricultora cocalera de 61 años de Hormiga

Luego del año 2001, las familias cocale-ras se reagrupan para dedicarse con mayor fuerza al cultivo de coca y diversificar su producción agrícola para el intercambio y el autoconsumo. Las ONG y el Estado peruano empiezan a mantener contacto con ellas con expectativas de sostenibilidad en el tiempo. Les prometieron que sembrando cacao, café y palma aceitera iban a dejar de depender paulatinamente de la coca. Algunas de las familias con más tierras y mayores vínculos con el cultivo y venta de hoja de coca, decidieron participar de los cultivos alternativos. Estas familias no solo habían desarrollado la capacidad de gestionar la producción bajo la lógica de mercado, sino además buscaban mayor cercanía con los beneficios y la información de quienes pretendían, de alguna forma, anular los cultivos de hoja de coca, además de poder presentar, ante al Estado y las ONG, la cara de éxito y así ganar tranquilidad ante la amenaza de erradicación de sus cultivos.

La mayor complicación para las familias cocale-ras era que no esperaban que el cultivo alternativo demorase tres años en dar frutos para la venta. Mientras tanto, al ver cómo fracasaban las promesas de los cultivos alternativos, seguían dependiendo de su “caja chica” provista por la hoja de coca.

La decepción, la sensación de engaño, las erradicaciones sorpresivas y la participación directa de la DEA en el pasado incidió en su percepción de que el Proyecto de Desarrollo Alternativo (con financiamiento estadounidense) y la ONG

Chemonics dieron información privada para erradicar los cultivos de coca. Todo terminó con fuertes protestas el año 2010 exigiendo su retiro.

Actualmente se siguen promocionando los cultivos alternativos para introducir a los agricultores cocale-ros a una economía que maneja como único imperativo la inversión y la ganancia en dinero, desconociendo su propia racionalidad frente a la economía de su vida cotidiana y sin crear los puentes (si es que los hay) entre una lógica económica del capital y una lógica económica mediada por las relaciones de reciprocidad y los mercados locales a su alcance.

Si se busca insertar a los agricultores cocale-ros en los cultivos alternativos, habría que empezar por entender su racionalidad en la toma de decisiones. Esto implica adentrarse en sus historias de vida, comprender sus relaciones con la naturaleza y dejar de lado el prejuicio de que el agricultor cocale-ro solo cultiva y vive de la hoja de coca desde una racionalidad de costo-beneficio, sin entender las razones por las que ser cocale-ro tras décadas de luchas y conflictos termina siendo una identidad que busca defenderse de prejuicios y ensayos productivos que no terminan de mejorar sus condiciones materiales. Tras lo dicho, lanzo las preguntas: ¿Existen diferentes tipos de cocale-ros? ¿Cuáles son? ¿Qué racionalidad hay detrás de la toma de decisiones para los cultivos alternativos y la hoja de coca? Son preguntas que aún están en busca de respuestas. ■